

# **Boyeros, bueyes y carretas**

## **Por la senda del PATRIMONIO INTANGIBLE**

### **Patrimonio de la humanidad**

#### **RESUMEN**

Reseña del libro BOYEROS, BUEYES Y CARRETAS. POR LA SENDA DEL PATRIMONIO INTANGIBLE.

**Palabras claves:** boyeros, carretas, patrimonio intangible

#### **ABSTRACT**

Book review of BOYEROS, BUEYES Y CARRETAS. POR LA SENDA DEL PATRIMONIO INTANGIBLE.

**Key words:**

### **HACIA UN RECONOCIMIENTO MUNDIAL**

**Amalia  
Chaverri**  
Filóloga.

En calidad de Vice-ministra de Cultura (2002-2006) tuve la oportunidad de participar en el proceso preparatorio, y más tarde consolidación, de la “**Convención para la protección del patrimonio cultural intangible de la humanidad**”, sancionada en la Asamblea General de la UNESCO, en octubre de 2003. Esta Convención marcó el derrotero que deben seguir los países en aras de lograr la salvaguarda, rescate y apropiación de sus tradiciones, costumbres y bagaje cultural.

Consciente de que el espíritu de la convención se enmarca en la dialéctica globalización/identidades culturales, propuse iniciar, como proyecto prioritario del Ministerio, la búsqueda de tradiciones dignas de un proceso de rescate e investigación, para evaluar cuál opción podría calificar de candidata a declaratoria como patrimonio intangible de la humanidad.

Cuando el primer paso de un proyecto es exitoso, el proyecto tiene la posibilidad de seguir caminando sobre ruedas. Y ese primer paso fue el interés y el compromiso de tres destacadas investigadoras: Cecilia Dobles, antropóloga social; Carmen Murillo, antropóloga e historiadora, y Giselle Chang, antropóloga y lingüista.

Un primer acercamiento a nuestra memoria histórica las llevo, entre otras opciones también interesantes (la devoción a *La Negra*, entre ellas), a proponer, luego de ahondar al respecto, el tema de la tradición del boyero y la carreta pintada costarricense, ya que poseía, en principio y en el camino ratificado con sobrada solvencia y fundamento, todas características que establecía el reglamento de la Convención.

Sabíamos que el camino iba ser difícil: consecución de fondos para cumplir con el cumplimiento de todos los requisitos; la magnitud de la investigación y su relación con el tiempo disponible para cumplir con ella, y los conocidos e incansables trámites administrativos y burocráticos. Nada de eso amilanó el entusiasmo de las rigurosas e incansables investigadoras quienes, con entusiasmo y ahínco, realizaron el trabajo teórico y de campo: recorrieron el país en búsqueda de información, hurgando en documentos, archivos, textos, museos y bibliotecas; realizaron múltiples entrevistas y visitas a cantones; participaron en desfiles y celebraciones de los diferentes grupos de boyeros, entre muchas otras actividades. A su lado, con el mismo entusiasmo y espíritu de servicio, estuvo presente la colaboración del personal del Ministerio de Cultura y de los directores de las oficinas adscritas cuando ello fue pertinente.

Fue el Ministro Guido Sáenz quien entregó personalmente, en las oficinas de la UNESCO en París, el inmenso trabajo de investigación. Sabíamos que la competencia iba a ser dura, pero esperanzadas, sabíamos que no se habían escatimado esfuerzos para presentar una candidatura de calidad investigativa incuestionable.

Nuestras esperanzas no fueron vanas. El día de la Declaratoria (siendo de madrugada en Costa Rica) recibí una llamada de quien, en ese entonces, fungía como embajador ante la UNESCO, don Jorge Arce Montiel, para darme la noticia del "gane". Mientras esto sucedía, las investigadoras buscaban información por internet y otros canales; finalmente, nos llamábamos unas a otras para compartir y, avanzada la mañana de ese día, celebramos en el Ministerio de Cultura, junto con Nelly Trejos, Guiselle Retana, y otras compañeras de la oficina, con un abrazo de alegría por tan importante reconocimiento.

La importancia que le concedo a lo hasta aquí expuesto (y como introducción a los dos textos que anteceden) es dar testimonio de que lograr con éxito un proyecto de la envergadura de la declaratoria de *La tradición del boyeo y la carreta como patrimonio intangible de la humanidad*, solo es posible si hay mística, solidaridad, entusiasmo, rigor académico y, muy importante, confianza y credibilidad entre las partes involucradas que son muchas y de diversa índole. Como coordinadora de

ese equipo doy fe de que en todo momento privaron esos valores, indispensables para llevar a cabo un proyecto tan complejo.

Si bien fue un orgullo para el Ministerio de Cultura haber participado de lo anterior, más gratificante es cuando las personas que lo consolidan reciben su recompensa. Porque, dichosamente, el proceso anterior no se detuvo en el reconocimiento. La necesidad de hacer accesible el conocimiento del fenómeno histórico cultural que es esta tradición, y de mostrar tanto la riqueza como el ordenamiento de los contenidos, así como la solvencia y el rigor intelectual de las investigadoras, fue reconocido y apoyado por el



CIICLA (Centro de Investigación en Identidad y Cultura Latinoamericanas) y por la Editorial de la Universidad de Costa Rica: convertir el lenguaje científico requerido en las investigaciones, en un texto que, sin sacrificar su rigurosidad, se ajuste al formato y parámetros de un libro accesible, ameno e interesante para los lectores. Por ello, sale a la luz pública el texto titulado **BOYEROS, BUEYES Y CARRETAS POR LA SENDA DEL PATRIMONIO INTANGIBLE**, que es también una recompensa a las autoras, por tan arduo y eficaz trabajo.

Hoy, 11 de junio de 2008, en el marco del Museo Nacional de Costa Rica, el CIICLA hace la presentación de este significativo libro, con los comentarios de los académicos Guillermo Barzuna Pérez, de la Universidad de Costa Rica, y Fernando González Vásquez, del Ministerio de Cultura y Juventud. Se entrega a la comunidad nacional e internacional un texto que recoge la memoria –y la vigencia– de una tradición que es orgullo y marca identitaria de los costarricenses.

## **BOYEROS, BUEYES Y CARRETAS POR LA SENDA DEL PATRIMONIO INTANGIBLE**

En primer lugar, deseo agradecer la invitación que me cursara el **Centro de Investigación en Identidad y Cultura Latinoamericana (CIICLA)** de la Universidad de Costa Rica, para realizar algunos comentarios en torno a la obra de las antropólogas Cecilia Dobles Trejos, Carmen Murillo Chaverri y Giselle Chang Vargas, titulada **Boyeros, bueyes y carretas. Por la senda del patrimonio intangible**, recientemente publicada por la Editorial de la Universidad de Costa Rica, en una edición cuidadosamente diagramada e ilustrada, de gran calidad y además multicolor –como las carretas decoradas que son una parte relevante del tema desarrollado en su contenido–.

*Fernando  
González*

También diremos que este fue un libro cuya publicación fue largamente esperada por aquellos que conocíamos de su proceso en imprenta.

Debo señalar que para mí, en lo particular, es motivo de enorme satisfacción referirme a la obra de tres colegas, que tengo la dicha de conocer cercanamente y de quienes puedo confirmar su capacidad intelectual y la rigurosidad de su trabajo. Pienso que su logro profesional al haber alcanzado la declaratoria por parte de la UNESCO, de “La tradición del Boyeo y la Carreta de Costa Rica” como Obra Maestra del Patrimonio Oral e Intangible de la Humanidad en el 2005 –constituyendo esta una de las 4 declaratorias de esta índole con que cuenta Centroamérica– es también un logro para nuestra disciplina, muchas veces poco percibida en el nivel nacional, fuera del ámbito académico universitario.

Tampoco puedo dejar de mencionar el papel fundamental que jugó la



entonces viceministra de Cultura, doña Amalia Chaverri, aquí presente –quien autorizadamente escribió la presentación del libro– ya que fue la promotora de la iniciativa para que el país postulara la candidatura de alguna destacada tradición cultural inmaterial o intangible. Para ello, no pudo elegir mejor equipo de profesionales a fin de realizar la tarea y así cumplir con los exigentes requisitos que demanda el Organización de las Naciones Unidas para la Educación, la Ciencia y la Cultura. Recordemos que reconocidas manifestaciones culturales de otros latitudes, tales como la gastronomía mexicana, el flamenco español-norafricano o el silbo gomero de las Islas Canarias, entre otros, fueron, por distintos motivos, desestimados en sus respectivas candidaturas ante la UNESCO, al tiempo que se otorgaba a Costa Rica la distinción el 25 de noviembre de 2005. Este, también, es un mérito adicional de los resultados de una investigación cuya publicación hoy celebramos.

Hay que destacar también una circunstancia deseable pero que pocas veces se da, me refiero al esfuerzo mancomunado entre instituciones estatales, en este caso el Ministerio de Cultura y la Universidad de Costa Rica. Se unieron voluntades, recursos humanos y materiales para dar un valioso aporte a la sociedad costarricense y, en particular, a los practicantes de la tradición boyera. De esta manera, se abrió un valioso espacio a las culturas populares en la institucionalidad oficial, generalmente concentrada en el fomento de las bellas artes y quehaceres conexos.

Vemos en este libro el resultado de una profusa investigación, tanto documental como gráfica, así como un exhaustivo trabajo de campo en casi todo el territorio nacional en donde está presente la tradición. Prueba de ello es que el listado de personas entrevistadas entre mayo y agosto de 2004, que se halla al final de la obra –entre ellos: boyeros, pintores de carretas y yugos, artesanos, amansadores de los animales, organizadores de desfiles y otros– alcanza a ser de casi 200 personas, que aun promediándose equitativamente entre tres investigadoras, suman más de sesenta por cada una. Esto también da una idea de la intensidad y compromiso con que se asumió este reto.

En concordancia con la formación antropológica de las investigadoras, el abordaje del tema es de carácter **holístico**. Si repasamos el contenido del libro, constatamos su índole enciclopédica (aquí se haya, podríamos decir, “todo lo que se quiera saber sobre los boyeros, bueyes y carretas”, de ahí también su filón didáctico) donde, prácticamente nada que tenga que ver con la tradición ha quedado por fuera. Esto incluye la parte gráfica: fotografías antiguas y actuales, grabados, dibujos, pinturas, mapas y otros referentes visuales o iconográficos. Se entiende, también, que por la magnitud del proyecto y el apremio del tiempo para presentar sus resultados, algunos aspectos tratados son susceptibles de ser profundizados (caso de la fabricación y uso de los aperos, por ejemplo), pero su presencia queda planteada.

Para aquellos que no hayan tenido acceso al contenido del libro y se formen una idea de la profundización del tema, en la sección de “anexos” encontramos: los tipos de maderas utilizados para las distintas partes de la carreta, el yugo o el chuzo; 33 diferentes denominaciones solo para el color del pelaje de los bueyes y otras 13 que fueron usuales a mediados del siglo XIX; 22 denominaciones para los tipos de cachos de los animales por zona geográfica, y una extensa lista de topónimos relacionados con el oficio, tipo de animal, parte o característica del ganado, etc. Las autoras nos introducen, de esta manera, en un universo desconocido para la mayoría, lo que podríamos denominar la “subcultura boyera”, de insospechada riqueza lingüística y conocimientos particulares. Lo mismo sucede con el glosario aportado, cuyo número exacto de voces “boyeras” o relacionadas con la tradición, no puedo citar, pero que ocupa la considerable extensión de 50 páginas, en un libro de casi 500. Estos, entre otros aspectos ponen en evidencia el

rico acervo del patrimonio inmaterial de esta tradición. Este patrimonio es definido en la “Convención para la Salvaguardia del Patrimonio Cultural Inmaterial” de la UNESCO (octubre de 2003) para efectos de uso universal, como:

*“los usos, representaciones, expresiones, conocimientos y técnicas –junto con los instrumentos, objetos, artefactos y espacios culturales que les son inherentes– que las comunidades, los grupos y en algunos casos los individuos reconozcan como parte integrante de su patrimonio cultural. Este patrimonio cultural inmaterial, que se transmite de generación en generación, es recreado constantemente por las comunidades y grupos en función de su entorno, su interacción con la naturaleza y su historia, infundiéndoles un sentimiento de identidad y continuidad y contribuyendo así a promover el respeto de la diversidad cultural y la creatividad humana”.*



Resulta difícil tratar de resumir los contenidos de una obra tan extensa. Está estructurada en dos partes principales: la primera, que estudia el trasfondo histórico, la vigencia actual y las perspectivas de la tradición. Aquí encontramos sus raíces coloniales y la importancia que tuvo en el siglo XIX, denominado la “época de oro” de las carretas en Costa Rica, aparejado al auge del cultivo del café. Luego, el declive en el ámbito económico para resurgir como motivo nacional, artístico y literario, y como emblema. Sus usos actuales en espacios agrícolas, religiosos y el destacado papel que juegan las organizaciones y los desfiles como sitios de reafirmación. También figuran aquí el papel del turismo y los riesgos y retos para la sostenibilidad de la tradición (entre los que cuenta el delito del cuatrero).

La segunda parte se dedica a los aspectos de lo intangible. En ella, se desarrollan los 5 rasgos de singularidad que las autoras identificaron en la tradición, y que se sintetizan en:

1. La producción artesanal de carretas, yugos y aperos, y el conjunto de conocimientos, técnicas y destrezas acumulados para ello.
2. El “canto” de las carretas, que produce goce estético y orgullo a sus poseedores, y el arte para producir dichos sonidos.
3. La policromía de los dibujos y sus abigarrados diseños, evidencia el aprecio por la herramienta de trabajo (carreta y yugo). Las autoras identificaron 9 modalidades de decoración para el Valle Central y San Isidro de El General.
4. Los saberes prácticos y las creencias para castrar, amansar y conducir a los animales, con su cúmulo de usos y conocimientos.
5. La riqueza, la creatividad y la diversidad del lenguaje empleado por los practicantes y los artesanos ligados a la tradición, de lo que dimos ejemplo anteriormente.

En el contexto de la tríada inseparable de boyero-buey y carreta, las autoras nos advierten del peligro de la excesiva “objetivación” de la última como símbolo y objeto de atracción turística (circunscrito a la carreta pintada o decorada) y, de esta



manera, nos remiten a la metáfora de la conocida leyenda de la “carreta sin bueyes” (y, por supuesto, sin boyero o bueyero). Por otra parte, o en el otro extremo, hay que considerar que la Proclama del Boyeo y la Carreta como Patrimonio Intangible de la Humanidad contribuye a enaltecer un oficio muchas veces visto con menosprecio. Y, como ejemplo, me remito a la transcripción del testimonio de un boyero durante un desfile en San José (p. 89 del libro):

*“Alguien me dijo un día: ustedes son unos maiceros, cómo se les ocurre pasar por San José más con bueyes, todos hediondos a vacas y todos llenos de boñiga. Y yo le dije: “ese es el perfume que a mí me gusta andar, cuando yo ando en esto a mí me gusta andar así”. Acepto al que no lo quiera aceptar, pero a mí me gusta andar así, y seguiré así hasta que la muerte nos separe”.*

De manera que, como resultado de este proyecto, se reivindica, visibiliza y se da a conocer al boyero y su quehacer, con lo que también se revitaliza la tradición. Salvaguardar la tradición y dignificar a sus practicantes es el propósito.

Además, se puede afirmar que este libro tiene el mérito de poner al alcance del público, de una manera bien estructurada y en lenguaje asequible para todos, el voluminoso estudio realizado para la candidatura del boyeo y la carreta costarricense que, de otra manera habría quedado circunscrito a la Unidad de Documentación del Ministerio de Cultura y Juventud y a las oficinas de la UNESCO en París y en San José.

Para terminar, me permito citar un breve párrafo del libro en sus páginas finales: *“Con su gama de saberes, prácticas, creencias, valores y rituales, la tradición del boyeo y la carreta constituye un relevante componente del patrimonio cultural inmaterial... y es cimiento y simiente de la identidad cultural costarricense”.*

Cabe finalmente felicitar, en primer término, a las autoras y sus colaboradores por la excelente labor realizada, a doña Amalia Chaverri, en representación del Ministerio de Cultura, por la iniciativa y el apoyo para realizar el proyecto, y al CIICLA y a la Editorial de la Universidad de Costa Rica por asumir, sin ambages, el reto de producir materialmente un texto de esta categoría y costos, inscrito como parte de su colección **Identidad Cultural**. No podía corresponder de otra manera a la honrosa distinción de la tradición del boyeo y la carreta costarricense como parte de la herencia cultural de la humanidad.

## **BOYEROS, BUEYES Y CARRETAS**

**Guillermo  
Barzuna**

Tan cerca a nosotros, como la imagen del “labriego sencillo”, la carreta y el boyero, han recorrido nuestra geografía y han transitado nuestra historia desde los inicios de la vida en la colonia, pasando por el periodo republicano, hasta nuestros días.

Debo reconocer que mi relación con este imaginario se remonta a la niñez cuando fue frecuente mi contacto con la carreta, en las escapadas veraniegas a las zonas rurales costarricenses. Más adelante, por los avatares de la profesión, el vínculo se daría con la literatura. Recuerdo referencias entrañables con el tema, en Carmen Lyra, Emilia Prieto y Arturo Agüero. Pero, sobre todo, me apasionaron los textos de Carlos Salazar Herrera y de Ernesto Cardenal que hacían referencia a la estética de la carreta y a la sociedad, ya lejana, en que el presidente caminaba a pie por San José junto a las muchachas que iban en carreta luciendo sus encantos.

Hoy estamos en este patrimonial espacio de nuestro Museo Nacional, presentado esta verdadera enciclopedia, de recopilación, análisis y erudición en torno al boyeo

y a la carreta, de las autoras Cecilia Dobles, Carmen Murillo y Giselle Chang. Estas tres investigadoras han abordado, en una forma rigurosa pero además creativa, el tópico de nuestro distintivo y único patrimonio de la humanidad. Distinción que se ha concedido a Costa Rica, gracias al trabajo de ellas tres. Mi reconocimiento profundo a este trío de fecundas y laboriosas mujeres.

El texto resulta ser un compendio de la historia, la artesanía, los usos y las costumbres, el cromatismo pictórico, los decires lingüísticos, la tradición y la vigencia de esta manifestación cultural.

Considero que es un libro escrito con rigor y pasión. Las autoras muestran un amplio dominio de su disciplina en el ámbito de la investigación en las ciencias sociales. Pero, también, traduce una gran sensibilidad, gusto y aprecio por esta faceta del quehacer cultural costarricense: las condiciones laborales del boyero, la estética de los colores y el andamiaje de la carreta, las seduce y comparten su hermosa experiencia intelectual a lo largo de 498 páginas.

Ellas, se apropian de este patrimonio y lo comunican a sus virtuales lectores, con toda la simbología, historia, signos sociales y económicos de este imaginario, esencial en la comprensión de nuestra identidad cultural.

En el texto se investiga qué es lo que realmente ocurre en el conflicto de significados y prácticas que se han observado entre los grupos sociales de una Costa Rica que se estudia desde los ancestros coloniales hasta la época actual.

Las autoras optan por describir y explicar la vigencia de aquellas formas en las que las "viejas costumbres" cambian de forma dinámica. No es una visión de la cultura popular como algo estático e intemporal. Su perspectiva no es un discurso nostálgico de lo que fue. En su lugar se remite en el estudio, a lo que fue, lo que ha sido y lo que es. Es una forma de concebir la modernidad, como un estado en el cual también se legitima la tradición. De ahí el planteamiento de modernidad en sus enunciados.

En el acercamiento sobre el mundo de la carreta y el boyero, dicha "modernidad" no necesariamente conlleva la eliminación de tradiciones y recuerdos pre-modernos, sino que, más bien, surge de ellos, transformándolos en el proceso.

Por otra parte, en la lectura del texto, he sentido que hay una base telúrica de apego a lo terrestre, a la naturaleza, que atraviesa toda la investigación. Es la historia narrada a través de animales, productos, maderas, seres humanos en estrechos vínculos con lo cotidiano, con nuestra flora y fauna; en un viaje constante que une al campo con la ciudad.

Por lo anterior es que considero, que además de haber aprendido mucho sobre el tema, mi lectura ha estado motivada por el despertar de los sentidos. Poco a poco, lo sensorial se va haciendo inevitable. Despierta lo auditivo en las descripciones en torno al canto y al golpeteo incesante de las ruedas. Se sigue lo visual a partir de toda la plástica y el cromatismo propio de la carreta. El tacto, el gusto, el olfato remiten a los productos que se transportan, los dichos, el habla popular, la gente, el entorno, los usos agrícolas.

Precisamente, esta vivencia sensorial nos convoca con la nostalgia, con la memoria histórica y nos hace ubicarnos en lo actual vigente.

Y es que los ejes semánticos que consolidan su escritura nos llevan a interrogarnos sobre el tema de la herencia y de la memoria colectiva así como de su necesaria conservación.

Que es lo que debemos conservar-preservar. La respuesta es clara en el texto. Debemos conservar las expresiones intangibles y materiales que expresan nuestra naturaleza distintiva. Manifestaciones que permiten reconocernos frente a expresiones de otras latitudes. Y esas expresiones devienen, a su vez, de hechos culturales, de valores sociales. Atribuir un valor a esas expresiones es un ejercicio intelectual que trae consecuencias jurídicas (registro), administrativas

(inventario) y técnicas (catalogación). Estas tres categorías necesarias en el análisis de temas patrimoniales: registro/inventario/catálogo se cumplen con gran eficacia académica en la propuesta que nos ocupa.

La cultura popular y nuestro patrimonio costarricense han sufrido transformaciones muy profundas en los últimos cincuenta años. Para bien y para mal.

Nuestras ciudades han sido maltratadas en su configuración urbana. No ha habido guerra ni terremotos de gran magnitud como en otros países. Nuestros muros patrimoniales han caído y siguen cayendo ante la indiferencia colectiva. Probablemente, donde hoy día encontramos un estacionamiento en el casco central, existió un hermoso recinto arquitectónico.

Lo desaparecido, sean hechos de lenguaje, canciones o edificaciones, lo tenemos que recordar ahora muchas veces por las fotografías, resguardadas en el archivo o en la Biblioteca Nacional. Ausencia de registros, de inventarios es lo que encontramos ante tantos acontecimientos culturales de nuestra historia patria.

Pero con esta investigación y con este gran aporte, la carreta y la figura del boyero están a salvo del olvido colectivo. Precisamente, por haber registrado todos los signos presentes en este hecho cultural es que la declaración patrimonial se hizo posible. Sin la declaratoria, lo patrimonial puede ser vulnerable. Gracias Cecilia, Carmen y Giselle por este aporte a la conservación de nuestra herencia cultural y por incursionar en un campo de estudio, cada vez más frecuente en torno a las expresiones y los valores que dan identidad y dignidad a los diversos pueblos de planeta.

